

Brexit. Europa en la encrucijada

El referéndum de permanencia del Reino Unido en la UE ha arrojado un resultado tan inesperado como sorprendente. En efecto, contra la creencia generalizada de que el llamado *sentido común* británico prevalecería y que todo seguiría igual, la mañana siguiente a la votación, la confirmación del *Brexit* golpeó al proyecto europeo en su mismo centro. Y es que el país que ha elegido abandonar el barco no es un miembro cualquiera de la Unión. Es uno de sus puntales económicos y un gigante político. Incluso más importante, constituye un referente social y cultural; un bastión de los valores democráticos y un referente estético a escala global. Por su cultura, por su historia e incluso por su presente, el Reino Unido está en corazón de Europa; pero la realidad es que el país ha decidido abandonar la Unión Europea.

Aún es pronto para valorar los efectos políticos y económicos de esta decisión, pero se impone una reflexión sobre el periodo que se abre, para el conjunto de la Unión y los estados que lo componen, para el propio Reino Unido, y para unos ciudadanos atónitos, en las Islas Británicas y en el continente, que contemplan inermes como en unos pocos años el ilusionante escenario de la construcción europea, que desde la II Guerra Mundial ha asombrado al mundo por su acometimiento y sus éxitos, comienza a tambalearse. Todo ello en un mundo convulso y una Europa plagada de incertidumbres, atenazada por una economía renqueante y sobre todo por el zarpazo constante de un terrorismo global, aupado por una inestabilidad endémica y creciente en las fronteras del continente.

Gran Bretaña ante su espejo

Pocos días antes del *Brexit*, la diputada laborista Jo Cox era asesinada a plena calle en su circunscripción. El responsable: un hombre mentalmente inestable que cometió el crimen mientras vociferaba el eslogan “Inglaterra Primero”, uno de los gritos de guerra de la extrema derecha británica. Con el asesinato de Cox, la política británica pareció despertar de la amarga pesadilla de una crispación política inédita en el país, a las consecuencias dramáticas de una polarización total de su vida política y social. Para muchos analistas, la consecuencia del cruel asesinato de Cox iba a ser una normalización del discurso político, y un aldabonazo a las conciencias de los que habían agitado la secular placidez de la política británica. Se equivocaban. El resultado del referéndum mostraba una cicatriz mucho más que política en el seno de la vida británica.

David Cameron fue considerado el gran responsable de lo que desde un primer momento fue considerado como una fatalidad —incluso por alguno de los adalides de la salida de la UE—. El Primer Ministro sustentó su victoria electoral de 2015 en la promesa de un nuevo referéndum (no olvidemos el de independencia de Escocia en 2014), esta vez sobre la pertenencia del Reino Unido en la UE. Con ello acallaba voces críticas en su partido, que podían desafiar su liderazgo. Sobre todo las del carismático alcalde de Londres, Boris Johnson. Eso sin olvidar a los partidos que habían surgido a la derecha del Conservador, sobre todo el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP), que poco a poco se había afianzado como opción posible y creíble para los votantes británicos, con el apoyo de personajes públicos destacados. Con el resultado en la mano, el error de cálculo de Cameron se ha probado como fatal. La suya ha sido la primera cabeza en caer de una letanía de líderes —el propio Cameron, Boris Johnson o Nigel Farage, el líder del UKIP— cuya irresponsabilidad y frivolidad culpable en todo el proceso pareció quedar súbitamente al descubierto según se confirmaba un resultado que se creía imposible.

Las heridas son, sin embargo, mucho más profundas que las que puede dejar un cambio de gobierno. El resultado mostraba como la decana de las democracias europeas era un país roto en dos

mitades enfrentadas y en distintas dicotomías: juventud-vejez, campo-ciudad, Inglaterra-Escocia, sector financiero-economía postindustrial en crisis. Todas ellas activadas y movilizadas por una votación en el que el miedo ha sido un factor fundamental para incrementar esa polarización. No es en cualquier caso un panorama maniqueo. Como ha afirmado el hispanista británico Julius Ruiz, “aquí no hay dos campos sino múltiples rebeliones contra el *statu quo*”. La juventud ha votado por la permanencia, pero no en bloque y no de manera significativa. La abstención ha sido alta en este rango de edad. El campo ha votado distinto que la ciudad, pero muchas urbes industriales en crisis, como por ejemplo Doncaster —un feudo laborista tradicional— ha votado claramente a favor de abandonar la Unión. Es la huida a un pasado que se cree mejor y un voto sustentado en el miedo a la inmigración que pone de manifiesto que las líneas divisorias de carácter ideológico son mucho más sutiles que lo que permite una lectura inocente. En cuanto al voto territorial, las implicaciones del *Brexit* son de calado. Si Escocia votó por permanecer en el Reino Unido en 2014 fue en gran parte espoleada por el miedo a perder su estatus de miembro de la UE. Ahora el nacionalismo escocés está en una posición magnífica para argumentar que la nueva situación, en la que paradójicamente es por ser parte del Reino Unido por lo que se pierde esa condición, justifica una nueva votación. Los independentistas buscarán un nuevo referéndum, y hay quienes hablan de un nuevo *Covenant* (el acta de Unión entre Inglaterra y Escocia de 1707) como única salida a la situación creada. Irlanda del Norte también ha votado por la permanencia, y el equilibrio demográfico en ese territorio ofrece serios nubarrones en lo que se refiere al consenso mayoritario de su población en torno a su dependencia de Londres. Aunque pequeño, el *Brexit* puede que haya sido un paso hacia la unificación irlandesa.

Y es que en último término, el *Brexit* supone el último capítulo de un proceso histórico muy complejo. El de la adaptación desde el final de la II Guerra Mundial de Gran Bretaña a un escenario en el que de manera fulminante el país dejó de ser primera potencia mundial y un imperio global, a un jugador de peso —pero uno más— en el tablero internacional, lastrado por problemas endémicos de todo tipo, que azuzaban el fantasma de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Un espectro hoy en día

espoleado por la llegada de inmigrantes a través de una Europa que se ha presentado al votante como puerta incontrolable, con la amenaza que eso supone —afirman los partidarios de abandonar la Unión— para el *demos* británico.

Con todo ello, el resultado abre una etapa de interrogantes, que la nueva primera ministra Theresa May tendrá que ir despejando. Por ahora ha mostrado una gran inteligencia política al incorporar en su gabinete a líderes del sector euroescéptico del partido como David Davis (Secretario de Estado para la salida de la UE) o el propio Boris Johnson (Secretario del *Foreign Office*). A ellos les corresponderá asumir el peso de las negociaciones de un proceso que la primera ministra ha calificado de imparable, y sufrir también las consecuencias del desgaste de una negociación que parece larga y ardua. La Primera Ministra también ha visitado Escocia. Está por ver si será posible frenar a Nicola Sturgeon, la enérgica ministra principal de Escocia, en unas pretensiones que parecen sin duda, como apuntábamos, más justificadas hoy que hace unas semanas. Se abre en definitiva un periodo muy necesario para sanar heridas y recuperar la cohesión social de un país que históricamente ha sido un referente de estabilidad y sosiego frente a las convulsiones políticas del continente.

El peligro de la complacencia

Por su parte, las instituciones europeas han reaccionado ante la decisión británica con una mezcla de fría indiferencia y de abierta hostilidad a los responsables políticos de Londres, pero pocas voces han reconocido en público la gravedad del golpe que el *Brexit* supone a la credibilidad del proyecto europeo. Si bien hay que aplaudir el que existan mecanismos para lidiar con situaciones de este tipo de manera reglada y razonable, no puede tratarse esta cuestión desde el frío cálculo político. En efecto, el resultado del referéndum no es el reflejo de la histórica relación de ambivalencia del Reino Unido hacia el proyecto europeo. Es una cristalización de una corriente política y social que gana terreno en Europa, tan populista como nacionalista y excluyente. En los estados de la Unión, prácticamente en todos ellos, han surgido partidos y propuestas que —desde distintos enfoques— abogan por el abandono de la Unión o se sustentan en una crítica

estructural a su existencia. Un caso paradigmático es Francia, pero el fenómeno se extiende ya a Alemania, Austria o Dinamarca. Países como Holanda han sido pioneros en este proceso. Gran parte de los países del este de Europa —los más jóvenes miembros de la Unión— han desarrollado, paradójicamente, un euroescepticismo militante, cuando es gracias a Europa en gran parte que estos estados han podido alcanzar rápidamente unas elevadas cotas de bienestar con respecto a su pasado comunista.

La pregunta es por qué fracasa el proyecto europeo. O al menos por qué ha dejado de ser la idea sugestiva que funcionaba como punto cuasi-universal de ilusión. Y la respuesta no es fácil. Nos encontramos, en efecto, en un momento de encrucijada, de crisis de valores y de sensación de pérdida de confianza. Una economía apocada ha colocado a gran parte de la ciudadanía a la defensiva. Lo mismo sucede con una crisis migratoria en la que el miedo está venciendo a la caridad. El terrorismo atenaza como ya apuntábamos, al continente, y se ensaña con Francia (en el momento de cerrar este editorial acaba de tener lugar el terrible ataque terrorista de Niza). La inestabilidad rige en nuestras fronteras, con el golpe de estado en Turquía como un foco de preocupación que se añade a Siria, Rusia o el norte de África; mientras que la emergencia de nuevos actores internacionales apuntala de nuevo esa misma percepción británica a la que hacíamos referencia de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Europa vive también acechada por fantasmas y tentaciones del pasado. Todo lleva a un peligroso ensimismamiento. A buscar la respuesta fácil del cierre de puertas y de la huida del cosmopolitismo europeo. En todo faltan líderes, con sensatez pero con capacidad de inspirar en tiempos de duda y lanzar propuestas que permitan recuperar a la UE su dinamismo, y a los europeos la ilusión y la confianza.

El marco institucional de la Unión, por su parte, no ayuda. Se ha acabado identificando con una burocracia infinita, escasamente representativa y con intereses propios, lejanos de unos ciudadanos que demasiadas veces se sienten poco o nada representados con ella. No podemos cambiar la historia ni alterar el presente en su conjunto, pero el *Brexit* debe actuar como aldabonazo de unas conciencias adormecidas y recuperar el acometimiento de los padres del proyecto europeo, para darle vida en un proyecto

de crisis. La inacción, la complacencia o la falta de imaginación son los mayores enemigos que debemos despejar de nuestro paso, y este es un momento incomparable para abrir un debate sereno pero ambicioso sobre todo lo que se ha hecho mal, sobre los muchos éxitos logrados, y sobre el camino que se abre ante nosotros.

A modo de conclusión

Vivimos en tiempos de mudanza. El pasado es la materia prima de los historiadores, pero no puede ser una fábrica de odios, de rencores o de medios que impidan ganar el futuro. Lo que parecía seguro hace unos años ya no lo es y debemos apuntar sobre esa incertidumbre los cimientos de un futuro mejor. El terrorismo, las turbulencias financieras, las tensiones internacionales o el cambio climático continuarán siendo parte de nuestras vidas. Y alguna de estas cosas irán sin duda a más. La respuesta a esas amenazas por la que ha optado la sociedad británica nos parece legítima, pero errónea. No es en el ensimismamiento donde encontraremos —ni encontrará creemos Gran Bretaña— refugio a sus miedos. Ni es la Unión la peligrosa fábrica de inestabilidad e inacción que muchos pintan. Las mentiras y medias verdades de los adalides del *Brexit* han quedado al descubierto. También la cortedad de miras de muchos de sus enemigos.

En el mundo volátil en el que vivimos, la construcción de una Europa unida no solo es una posibilidad razonable, sino una responsabilidad que nos corresponde a todos. A los que seguimos en esa Europa nos toca ahora huir de la inacción o del puro pasmo, y hacer de ella una realidad política en la cual pronto podamos reunirnos de nuevo con esos grandes europeos, que son los británicos. ■